

Tensiones y transacciones americanas

El cuadro general de las relaciones hemisféricas, tal como se perfiló en los meses de mayo a junio de 2002, resultó complejo y lleno de conflictos latentes. En el norte, el gobierno del presidente Bush mostró una tendencia al endurecimiento de su posición antiterrorista y de su disposición a actuar a como diese lugar para golpear a los enemigos violentos del orden establecido. Al mismo tiempo, Estados Unidos dio indicaciones de retorno al proteccionismo económico y de escasa disposición a auxiliar a sus vecinos del sur en materia comercial y financiera.

El endurecimiento antiterrorista se evidenció por la inclusión de Cuba en el "eje del mal" que Norteamérica considera como eventual blanco de acciones militares antiterroristas. Como contragolpe a la visita conciliadora que efectuó a La Habana el ex presidente Jimmy Carter, el actual mandatario estadounidense anunció un fortalecimiento de las medidas de embargo contra la antilla roja. Ello se explica en parte por el deseo de complacer a la comunidad cubana anticastrista de Miami para así favorecer la reelección de Jeb Bush, hermano del presidente, como gobernador de Florida. Pero también responde a la línea dura general de un gobierno decidido a mantener un estado de "guerra" contra todo el conjunto de factores externos percibidos como pro-terroristas y antiamericanos.

La decisión norteamericana de ampliar la ayuda militar que se otorga en el marco del Plan Colombia y de facilitar su utilización, no tan sólo contra el narcotráfico, sino también contra la guerrilla izquierdista, constituye otro síntoma del crecimiento de la preocupación de Washington por la seguridad antiterrorista en el hemisferio. Como era de esperarse, los conser-

vadores que hoy gobiernan al país del norte miran con gran preocupación las venideras elecciones brasileñas y la perspectiva de una eventual victoria de Luiz Inacio da Silva ("Lula"), y de su Partido Trabalhista en la primera potencia regional sudamericana. Les inquieta sobre todo la posibilidad de que en el futuro pueda formarse un bloque geopolítico integrado por Cuba castrista, Venezuela chavista, y Brasil lulista, desde el cual pudiesen recibir aliento y apoyo otros factores subversivos o de algún modo radicales de América Latina, del Caribe y del Tercer Mundo.

En materia comercial, los países latinoamericanos se sienten afectados por el nacionalismo económico del presidente Bush y de la mayoría parlamentaria estadounidense que, con su descarado proteccionismo en los ámbitos del acero y de la agricultura, lesiona directamente algunos de sus intereses vitales. Otro tema que crea tensiones entre el norte y el sur del hemisferio es el de la actitud dura del Fondo Monetario Internacional, tan subordinado a las directrices estadounidenses, ante la aguda y angustiosa crisis argentina. Cualquiera que conozca la historia universal del siglo XX – por ejemplo, la experiencia alemana entre las dos guerras mundiales –, no puede dejar de sentir preocupación ante lo que mañana pudiese ser la reacción sociopolítica de las clases medias y populares rioplatenses, tan brutalmente afectadas por la actual crisis financiera.

Colombia constituye otro de los focos de tensión en América Latina. El fracaso de los largos y sinceros esfuerzos del presidente Pastrana por lograr algún tipo de respuesta alentadora de parte de los negociadores de las FARC y del ELN causó un sentimiento de frustración y de enojo, claramente expresado por la mayoría de los colombianos en las elecciones presidenciales del 26 de

mayo. Alvaro Uribe Vélez, liberal disidente endosado por los conservadores y partidario de una línea dura ante la subversión, triunfó con mayoría absoluta en la primera vuelta comicial. Visiblemente complacido, el gobierno norteamericano reaccionó con una inmediata decisión de ampliar la ayuda militar antiguerrillera a Colombia.

Otra de las zonas álgidas del hemisferio es Venezuela. Como se señaló en nuestro análisis del mes pasado, la renuncia del presidente Chávez en la trágica crisis del 11 de abril provocó un sentimiento más o menos discreto de alegría en todos los gobiernos de América excepto el de Cuba. Pero la tremenda torpeza del improvisado equipo que trató de llenar el vacío de poder y de iniciar un proceso de transición permitió al bando chavista esgrimir la tesis de un "golpe" y lograr el reconocimiento universal formal de la restauración del gobernante "legítimo". Por un momento todos los elementos interesados, dentro y fuera del país, pretendieron creer, con variados grados de insinceridad, en la posibilidad de un arreglo pacífico del conflicto venezolano sobre la base del "diálogo" y de la "rectificación". Pero la evolución de la situación interna del país durante el pasado mes indicó que tales esperanzas son ilusorias y que parece estar en ciernes un nuevo choque frontal, acaso más violento que el del mes de abril. Estados Unidos está vigilante ante la situación y, con el sentido de responsabilidad de cualquier potencia guardiana de la paz en determinada región del mundo, ha tratado de poner en pie un mecanismo multilateral de la OEA para compartir esa vigilancia. Con sentido de responsabilidad decididamente menor y con gran afán de lavarse las manos ante una decisión ingrata, los demás gobiernos americanos rechazaron esa idea que, por ello, ni siquiera fue pro-

puesta oficialmente en la asamblea interamericana celebrada en Barbados a principios de junio. La crisis venezolana sigue vigente y se agrava mientras, por el lado occidental, Colombia se apresta con apoyo norteamericano a intensificar su acción antiterrorista, y por el lado sureste, Brasil parece estar a punto de dar un paso a la izquierda: pero una izquierda prudente, poco inclinada a defender el presunto "bolivarianismo" del gobernante venezolano.

Estados Unidos, Europa y Rusia: Policías del mundo

El presidente George W. Bush efectuó un viaje por varios países de Europa occidental, sostuvo importantes conversaciones con el presidente ruso Vladimir Putin, y tomó parte en la cumbre de la OTAN celebrada en Italia. La gira del mandatario norteamericano constituyó un intento de aclarar las relaciones de la primera potencia con sus socios relevantes y de tratar de unificar los criterios de Norteamérica y de Europa sobre los grandes problemas de seguridad mundial.

En la cumbre de la OTAN se resolvió un importante principio estratégico: en el futuro, el área geográfica de acción de la organización atlántica ya no tendrá límites. Si en el pasado su propósito había sido el de defender a Norteamérica y Europa Occidental de una expansión del área comunista, luego del colapso del sistema bipolar se convirtió en una fuerza de orden internacional de alcance geográfico indeterminado. Actuó en los Balcanes oficialmente como organización, pero en el caso de Afganistán sus estados miembros intervinieron a título individual y no como OTAN. Con razón se argumentó que la alianza atlántica no podía asumir un rol universal sin contar con el beneplácito de Rusia, potencia otrora considerada como el enemigo en potencia y todavía

muy susceptible ante cualquier signo de expansión estratégica occidental hacia el Este. Por ello, era necesario incluir a Rusia en el concierto de las potencias mantenedoras del orden y darle voz en el concierto atlántico.

En Moscú, el presidente Bush puso fin esta vez a todas las suspicacias que durante años habían dificultado las relaciones ruso-norteamericanas. Con el presidente Vladimir Putin suscribió un gran acuerdo de reducción de los respectivos arsenales nucleares: en dos terceras partes para el año 2012. A cambio de este gran paso, Estados Unidos cuenta de aquí en adelante con la aceptación rusa de su escudo nacional antimisiles.

Además de ello, Putin asistió a la cumbre de la OTAN como invitado permanente con voz, aunque todavía sin voto. Con ello, se ha puesto fin a las últimas divisiones antagónicas entre el bloque atlántico y su antiguo adversario. De hecho Rusia —y junto con ella, sus ex dependencias en Asia Central— se ha convertido en la prolongación del mundo occidental hacia el oriente, y así se justifica la nueva pretensión de la OTAN, de jugar el papel de policía universal subordinado tan sólo, en última instancia, al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Consciente de la significación de este acercamiento al occidente, el presidente Putin, en el día nacional de Rusia, dijo que su país buscará la recuperación de su antigua grandeza únicamente por la vía de la construcción pacífica de un orden democrático y de una economía capitalista moderna con equidad social.

Pese al carácter positivo de este acercamiento con Rusia, algunos estadistas europeos occidentales mostraron reservas y preocupaciones. El ministro de relaciones exteriores de Alemania, Joschka Fischer, en conversación con periodistas

dejó entrever el temor de que la ampliación global del espacio geopolítico de la OTAN y la inclusión en ella del actor ruso puedan significar la disminución del papel de los europeos occidentales en su seno. En el futuro la organización, extendida entre Norteamérica, Europa y el espacio euro-asiático, tal vez dependerá más exclusivamente que antes de las decisiones de su miembro más poderoso y hegemónico.

Conflicto peligroso en Asia del Sur

Durante el mes transcurrido, el mundo miró con la más honda preocupación una aguda crisis prebélica entre India y Pakistán. Desde 1947 estos dos países sucesores de la vieja India colonial, divididos por el odio entre comunidades hinduistas y musulmanas, se disputan el control sobre la provincia de Cachemira cuyo pueblo es mayoritariamente musulmán, a pesar de lo cual quedó unida a la India por decisión de su príncipe reinante en aquellos tiempos. Luego de posteriores choques bélicos, India y Pakistán se repartieron el territorio de Cachemira. En la actualidad, sectores activistas de la población musulmana en la parte india de Cachemira llevan a cabo una lucha irredentista violenta a favor de su anexión a la Cachemira pakistana, y en múltiples ocasiones han realizado actos de terrorismo posiblemente aupados o apoyados por algunas autoridades pakistaníes. La proximidad geográfica o vecindad de los dos países con Afganistán, foco de la guerra internacional antiterrorista, ha tendido a inflamar la violencia en el conflicto indio-pakistano por Cachemira. Igualmente ha sido un factor irritante el hecho de que hoy India está gobernada por el partido confesional Bahatriya Janata, algunos de cuyos dirigentes no vacilan en alentar la corriente fundamentalista y fanática del hinduismo a cometer

abusos y crímenes contra los musulmanes y otras minorías religiosas. Pero lo más preocupante es el hecho de que tanto India como Pakistán poseen armas nucleares probadas y listas para entrar en acción. Una guerra atómica en el sur de Asia causaría un mínimo de 12 millones de muertos inmediatos, además de otros a mediano y largo plazo por efecto de la contaminación radioactiva, y sobre todo, significaría la violación del "tabú" universal contra el empleo de armas nucleares, que la humanidad ha sabido mantener durante 57 años.

Afortunadamente, por ahora, el peligro de guerra ilimitada parece haber sido superado. Ambas partes han hecho importantes gestos de pacificación y el problema de Cachemira volverá del campo de batalla a la mesa de negociaciones. Norteamérica, Europa, Asia y las Naciones Unidas intensificarán sus buenos oficios para el logro de una solución más o menos duradera. Pero la mejor garantía de que no se llegará al más catastrófico de los escenarios reside en la calidad política, intelectual y moral de los gobernantes tanto de India como de Pakistán: son caballeros maduros y con sentido de responsabilidad, herederos de culturas milenarias y también perfectos conocedores de los valores y las realidades del mundo de hoy.

Demetrio Boersner

Dr. En Ciencias Políticas. Exembajador de Venezuela,